

Área de adultos mayores y ancianos

Dios nos llama a ser catequistas de adultos mayores

El sujeto de la catequesis

Es muy importante, para el catequista de adultos mayores, el conocimiento de la personalidad de los mismos, y de las circunstancias vivenciales que atraviesan en esta etapa de la vida, para encarar no sólo los aspectos del mensaje evangélico (contenidos), sino la modalidad o el método que deba emplear.

Daremos una visión sintética que se podrá completar con distintas bibliografías.

¿Cómo son y qué viven los adultos mayores?

Con el transcurrir de los años se va produciendo en la persona un conjunto de transformaciones que crean lentamente una situación nueva.

El envejecimiento trae consigo un conjunto de limitaciones físicas –que no se dan de la misma manera, ni a la misma edad- como pérdida de la vista, del oído, de la capacidad sensorial, limitaciones de movimientos, endurecimiento de las articulaciones, etc.

Se producen, además, cambios de orden mental y psicológico: disminución de la memoria, limitación de la atención.

Sin embargo, la inteligencia se mantiene y sólo se ve afectada en edades avanzadas. La persona no pierde la capacidad de aprender, aunque sea con otro ritmo.

Todo esto tiene consecuencias de orden social y laboral. La persona va siendo retirada de sus actividades laborales, y de responsabilidades anteriores. Disminuye su relación con los demás, se hace más difícil la movilidad, la comunicación y la participación social. Se reduce su entorno. Va perdiendo autonomía e independencia. Cada vez se ve más necesitada de los demás.

Todo esto puede llevar a tristeza, pesimismo, desesperanza, mal humor. Se despierta el temor al futuro incierto. El pensamiento de la muerte se hace cada vez más presente. Aceptar la muerte es la base para elaborar esta crisis. Algunos la niegan o se aferran a etapas anteriores de la vida, lo que se ha llamado egoísmo del anciano. Puede crecer la sensación de inutilidad y estorbo. Entonces corre el riesgo de encerrarse en sí mismo en soledad y aislamiento.

La persona mayor necesita más seguridad, atención con dignidad, no ser abandonada, ser querida por su familia, amigos, ser respetada, estimada, valorada. Necesita seguir viviendo una vida que tenga sentido. Necesidad de esperanza y de Dios.

Hay muchos modos de ser mayor. Está el anciano irritable y el paciente, el solitario y el comunicador, el pesimista y el optimista, el receloso y el confiado, el crispado y el adaptado, el egoísta y el generoso, el que se autculpabiliza y el que confía en el perdón.

La nueva situación que vive la persona mayor sufre tres crisis básicas:

- La primera es la crisis de identidad, porque la imagen que la persona tenía de sí misma queda afectada por la decadencia general.
- La segunda es la crisis de autonomía, al experimentar la necesidad de tener que depender de los cuidados y decisiones de los demás.
- Se da la crisis de pertenencia al verse obligada a retirarse de ocupaciones habituales.

Estas crisis llevan al anciano a enfrentarse a lo esencial, es la hora de la verdad y de dar un sentido al pasado, de enfrentarse con confianza al misterio de la muerte y despedirse de este mundo en paz.



Los mayores están en silencio porque necesitan procesar su vida, y necesitan repetir y no silenciar pérdidas grandes o pequeñas para ir resolviéndolas.

Llegar a mayor no es una desgracia, al contrario es tener la oportunidad de dar a la vida su último sentido y orientación.

La persona adulta mayor tiene dificultad para entender y asimilar lo nuevo, ya que los cambios son muy rápidos, y corre el riesgo de apegarse al pasado y cerrarse a todo lo nuevo porque "todo tiempo pasado fue mejor".

El gran enemigo de una vejez sana es el encerrarse en sí mismo, aislarse, no interesarse por las cosas de la vida. Sólo habla de su pasado, se hace repetitiva –para que la escuchen- lo sabe todo. Así toma una actitud de endurecimiento y condena amarga.

Desde una perspectiva creyente, una equivocación es huir de Dios y llenar la vida de actividades y diversiones. Todo parecería más importante que el silencio y la oración que me acercan a Dios.

El modo de vivir la fe, en los adultos mayores y ancianos, es muy variado, pero tiene características comunes. Conservan muy arraigado lo recibido en la infancia, como oraciones, cantos, normas incorporadas que les cuesta modificar. Por lo general, el comportamiento religioso es primitivo y se reduce a los hábitos adquiridos, que una vez le enseñaron, basados en la autoridad.

El sufrimiento es una gran motivación para unirse a Dios en la oración, y lo hacen con una fe firme y confiada.

Hay que tener en cuenta, como lo más positivo del anciano, su sabiduría y sensatez, producto de mirar la vida con más realismo y verdad. La experiencia acumulada y la reflexión, le permiten hacer un balance de la vida, y adquieren la capacidad de captar dónde está lo más importante de la existencia. Aprendió a relativizar muchas cosas a las que antes daba importancia y a descubrir donde está lo valioso de la vida.

Lo que nunca querría perder, es la paz interior, la salud, el amor de las personas, la esperanza. Ahora puede ser el momento de encontrarse con uno mismo y con Dios.

El catequista de adultos mayores

"La catequesis según las diferentes edades es una exigencia esencial para la comunidad cristiana. Cada etapa de la vida está expuesta al desafío de la descristianización, y sobre todo, debe construirse con las tareas siempre nuevas de la vocación cristiana". (DCG 171)

El catequista que se relaciona con adultos mayores debe tener actitudes propias que brotan del anuncio evangélico: **alegría, serenidad, disponibilidad, gratitud, paciencia, receptividad, desprendimiento, veneración**. Tiene que haber, en el catequista, lo que queremos generar en el adulto mayor, anciano o no.

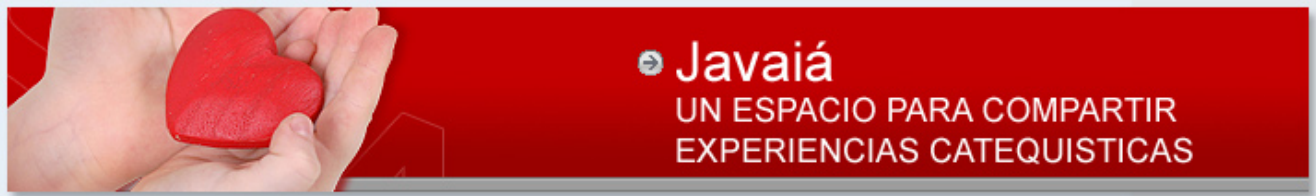
Saber que el catequizando no es un niño grande, y que desea encontrar **testigos del amor de Dios** y de la inmensa confianza que debemos tener en Él.

Transmitir estas actitudes es más importante que los conceptos. Les llega más cómo lo decimos, que lo qué decimos. Tenemos que llegar con el corazón en las manos.

El adulto mayor necesita que se lo ayude a superar el miedo a ser viejo, segregado y abandonado, **dándoles una visión de la vida**, no sólo esparcimiento, instándolos a que **no abandonen nuevos sueños y proyectos**, para no quedar fijados sólo a sus recuerdos.

Profundizar el camino de la fe

Al emprender un camino de maduración en la fe es necesario enfrentar a la persona con el **Dios vivo** que le



habla y se le revela. Así la persona mayor encontrará respuestas a sus interrogantes, descubriendo y despertando a una nueva vida en Dios.

El catequista **debe vivir ese mensaje**, y tratar de crear un clima de escucha de la Palabra, que suscite en ellos una relación de amor con Dios.

Todo catequista de adultos mayores deberá proponerse hacer una catequesis que los lleve a un camino de luz, para que no se pierdan sus tradiciones, para que curen sus heridas, vivan reconciliados, **no pierdan el gusto por la vida**, ayuden a nuevas generaciones a construir un mundo más humano y a recuperar la dignidad de la vejez.

Formación del catequista

Es bueno tener en cuenta lo que dice el DCG N° 715.

*“La cima y el centro de la formación es la **aptitud y la habilidad** para comunicar el mensaje evangélico”*

*“La formación le ha de ayudar a madurar, ante todo, **como persona, como creyente y como apóstol**”*

*“La tarea fundamental es ayudar a **conocer, celebrar, vivir y contemplar el Misterio de Cristo**”*

Valor de catequizar a los adultos mayores

El llamado de Dios para hacer una catequesis con adultos mayores es un desafío y un compromiso de vida.

Surgen miedos, dudas, incertidumbres, pero no hay tarea más hermosa que acompañar en la vejez a la persona que vive **la etapa más importante de la vida**, porque camina al encuentro definitivo con Dios Padre.

“Es de gran importancia considerar la relación personal del catequista con el catequizando. Esa relación d}se nutre de ardor educativo, de aguda creatividad, de adaptación, así como de respeto máximo a la libertad y a la maduración de las personas”.

(DCG N° 156)

Colaboración de Marta E. Cánepa